

La gran fiesta reaccionaria

El pasado día 27, como estaba previsto, tuvo lugar el magno festejo del sector más reaccionario de la sociedad española. Según podemos leer en distintos periódicos, en la actual edición del evento se confirma la progresiva caída de asistencia, cifrándose en 56.000 participantes, de acuerdo con las estimaciones del periódico "El País". Según puntualizaciones del mencionado periódico, el retroceso en asistencia sería del orden de 100.000 personas en dos años.

Como el año pasado y a diferencia del 2007, primera vez en que se realizó este acto, no hubo ataques directos al gobierno. ¿Ordenes directas de la Santa Sede? ¿Contraprestación por el trato de favor del gobierno socialista en materia de financiación? No lo sabemos.

Lo que si es cierto es que el acto se mantiene gracias a la participación de organizaciones eclesíásticas (Cursillos de Cristiandad, Camino Neocatecumenal, Comunión y Liberación,...), es decir grupos organizados, de posturas muy radicalizadas y de escasa incidencia en el entorno social global.



Un dato si es necesario tener en cuenta en la valoración de la asistencia. A diferencia de los dos años anteriores, en esta ocasión la convocatoria ha estado abierta al resto del continente europeo, y ello ha tenido su reflejo en dicha asistencia. Se constata en la prensa la presencia de grupos importantes de procedencia europea. Así se cita un grupo italiano integrado por 150 personas y otro inglés de 30, además de mencionar como nacionalidades asistentes, aparte de las ya indicadas, Alemania, Francia, Polonia o Eslovaquia.

Este dato tiene una doble lectura. Si por un lado los organizadores pueden alegar la trascendencia del acto más allá de los límites de la sociedad española, por otro rebaja la incidencia del mismo en el seno de dicha sociedad, ya que de los 56.000 asistentes habría que descontar el número (imprecisable) de participantes extranjeros para que la comparación con la afluencia de años anteriores fuera coherente. Ello lleva implícita una rebaja en la participación española en el acto, con lo que la pérdida real de incidencia de las posturas

defendidas por los obispos españoles es en realidad mayor de la que en una primera valoración se ha hecho.

Llama la atención el hecho de que la presencia de una quincena de prelados y purpurados extranjeros fue minusvalorada por una presencia de sus homónimos españoles que no superó los cuarenta, si tenemos en cuenta que en España hay unos 115 obispos. Cabría suponer que a un acto de este tipo, que no deja de ser una prueba de fuerza ante la sociedad, la jerarquía eclesiástica, si no en su totalidad al menos en su gran mayoría, hiciera acto de presencia. ¿Cómo deberíamos interpretar esto? ¿Acaso existen fisuras en la aparentemente monolítica postura eclesial en relación a la legislación progresista? Y si existen ¿Hasta que punto? Es difícil de saber.

Otro hecho interesante es que, desde los organizadores del acto, no se ha dado cifras de asistencia. Solo se ha hablado de "miles de participantes" pero sin realizar concreción alguna. ¿Han, quizás, aprendido de sus errores? En ocasiones anteriores las cantidades manejadas han sido totalmente increíbles, lo que ha cuestionado su credibilidad. "Abultar" la participación en estas manifestaciones se ha convertido en algo habitual y hasta cierto punto tolerado, pero siempre y cuando se mantenga dentro de unos márgenes lógicos. Siempre será discutible si la densidad de asistentes es de dos, tres o cuatro personas por metros cuadrado. Se puede llegar a tolerar un cálculo (que por supuesto se considerará sobredimensionado) de cinco personas por metro cuadrado. Pero cuando estos límites se sobrepasan con creces, lo cuestionado es ya la honestidad de quien aporta esos datos. Si engañar, mentir es una actitud reprobable siempre, en boca de los obispos católicos solo puede generar el más absoluto de los descritos

Parece ser que los obispos han preferido esta vez no dar cifras concretas, evitando así caer en el descrédito, o tener que reconocer la relativamente escasa participación social.

Podría parecer que una participación de 56.000 personas no merece el calificativo de "relativamente escasa", pero es necesaria una correlación correcta entre participantes y supuesto apoyo social a las posturas que en la mencionada concentración se defienden.

La población española sobrepasa ya los 46.000.000 de personas y, según los obispos, la inmensa mayoría es católica. Si a la asignación en favor de la Iglesia, de la declaración de la renta, nos atenemos, como indicador real de catolicismo en la sociedad, la incidencia de esta creencia se reduce a un, aproximadamente, 33%, lo que nos daría un total de población católica de algo más de 15.000.000 de católicos, con lo que la participación real de católicos en la ceremonia sería de un 0,37% (sin descontar los participantes europeos).

Es cierto que en actos multitudinarios, la participación real es siempre muchísimo menor de lo que debería ser si acudieran todos los que se sienten identificados con la causa, pero también es verdad que no todas las convocatorias cuentan con los mismos medios para facilitar la participación a los interesados. En esta caso concreto no debemos olvidar que la estructura organizativa de la Iglesia es especialmente potente y capaz para una gran movilización. De hecho se pusieron a disposición de los interesados unos 800 autobuses. A la organización y recursos propios de la Iglesia hay que añadir los de los distintos movimientos eclesiales que también participaron. El aparato logístico final es, con mucho, más grande y capaz que el que pueda tener cualquier otra organización social o política. Y ese es un elemento a tener en cuenta cuando se valora el resultado final de asistencia.

Por otra parte se supone que las motivaciones de los católicos deberían ser más profundas que los de cualquier otro tipo de movimiento (social o político), puesto que, para un creyente, la trascendencia, debemos suponer, es muchísimo mayor. De ahí mi valoración de "relativamente escasa".

Todo ello solo puede llevarnos a una conclusión: la jerarquía eclesiástica y los sectores cristianos más integristas han perdido el contacto con la sociedad real y, lo que es peor, son incapaces de reconocer y respetar las diferencias.

Su obsesión por imponer sus criterios al conjunto de la sociedad les están automarginando y desconectando de la misma. De forma permanente y voluntaria, olvidan dos hechos fundamentales, que nadie les obliga a cambiar sus normas de conducta y que solo obtendrán el respeto del resto de la sociedad, si ellos son a su vez respetuosos con quienes piensan diferente.